

La realidad lingüística no es toda forma ni es toda observable.

E. COSERIU

DE LA AMBIGÜEDAD SINTACTICA

1. Que la ambigüedad es connatural al lenguaje común —a lo que llamamos lengua a secas— en cualquiera de sus variadísimas especies es un hecho tan conocido que no hace falta apelar a refinadas técnicas dialécticas y retóricas para traer a los incrédulos al buen camino. Todos la conocemos por experiencia directa, y no sólo por haberla padecido; también hemos sacado placer, si no provecho, de jugar con ella. La ambigüedad es, sin lugar a dudas, uno de los universales más patentes del lenguaje natural y esta propiedad, que constituye un molesto inconveniente para ciertas clases de *Sprachspiele*, ha sido el motivo mayor que ha llevado a la invención de lenguajes más precisos por unívocos. Lo que es hasta cierto punto nuevo, pero nuevo en la lingüística y no en las lenguas, es la insistencia renovada con que, a partir de 1957, se invocan los fenómenos de ambigüedad como medio para llegar a una mejor comprensión de los hechos lingüísticos.

Sin ánimo de ser exhaustivo ni sistemático, se podrían distinguir, en una primera aproximación, tres niveles de ambigüedad, los dos primeros de los cuales están unidos por una afinidad muy estrecha. Tendríamos, en primer lugar, la ambigüedad léxica familiar (*cruzados hacen cruzados, escudos pintan escudos, gatos le guardan de gatos*), que a veces desaparece en la representación escrita¹. Viene después

¹ *Con dados ganan condados* (como aquello de *Juan viene de Madrid y de Sevilla / deshebillas sus maletas*, de triste celebridad en otro tiempo en algunos

la morfológica, para la cual, como alguna vez ha propuesto Ruipérez, se podría reservar el nombre de sincretismo: no todos los términos distintos de una paradigma están formalmente diferenciados².

Pero hay también, por último, ejemplos claros de ambigüedad que parece adecuado designar como ambigüedad sintáctica, si no se prefiere hablar de ambigüedad gramatical³. Así el titular un tanto chapucero que en su día publicó *Nuevo Diario*: «Nixon habla a los filipinos de la luna». Es verdad que, sabiendo lo que sabíamos de don Roberto, de los de Manila y de la «antorcha celestial de los amores», había una interpretación obvia. Pero no lo es menos que ésta pudo haber sido otra si, trastrocando lugares y personas, hubiéramos leído en *El Adelanto*: «El profesor Pensado habla a los gallegos de Salamanca».

2. La ambigüedad sintáctica, sin ser exclusiva, es característica de aquellas construcciones que son como un resumen o abreviación de otras más explícitas: compuestos, sintagmas de genitivo, construcciones participiales o relativas, etc.⁴, en que frases completas pasan a ser, por procedimientos que son universales en el fondo aunque difieran en su manifestación, miembros de frase. También es frecuente en los cambios de clave del género del estilo indirecto en muchas lenguas⁵. La razón salta a la vista. No se pueden establecer correspondencias biunívocas entre conjuntos cuyo cardinal es a menudo distinto. Entre conjuntos de distinta potencia sólo caben homomorfismos, correspondencias de varios a uno.

exámenes) ejemplifica un procedimiento muy del gusto del *Canard Enchaîné* o de los traductores de la «Série Noire» de Gallimard (*Faits d'hiver*, etc.), bien servidos por la lengua. Ya Tartarin había oído hablar de *verre / vers compris*.

² Tampoco están aislados los paradigmas: cf. *es / fue, va / fue*, etc.

³ Cf. J. Lyons, *Introduction to theoretical linguistics*, Cambridge, 1968, página 212 sigs.

⁴ Hablo de una manera que todos entendemos, sin cuidarme poco ni mucho de la pulcritud terminológica, que deja poco margen no ya sólo para comparaciones interlingüísticas, sino también para establecer semejanzas e identidades dentro de una lengua. Cf. Tullio de Mauro, que cito por la trad. francesa, *Une introduction à la sémantique*, París, 1969, pág. 127 sigs. Las dificultades no se encuentran solamente, ni mucho menos, en el campo del significado.

⁵ O al pasar de un tratamiento a otro. La forma vasca de tuteo *etxe ona duk (/ dun)*, por ejemplo, significa, en todas partes y desde los primeros textos, tanto 'es una buena casa' como 'tienes una buena casa'. Al revés, *su tía* está peor determinado que *tu tía*.

Lo antedicho supone, como es natural, que existen ciertas relaciones entre unos componentes del discurso y otros, relación que no consiste en un mero parecido formal; también supone, como contrapartida, que puede haber parecido sin correlato de este género. Los estructuralistas han asignado alófonos a fonemas, alomorfos a morfemas. Prácticamente toda la lexicografía universal, terreno de lo más impermeable a novedades, viene aplicando «palabras» sobre un número mucho más reducido de «lexemas»⁶, de manera que *vas, ibas, fueron* aparecen englobados en «ir», etc. Por ello, uno no ve bien por qué las posibilidades de aplicación han de quedar anuladas al llegar a elementos lingüísticos más complejos o de nivel más elevado.

3. Es difícil verlo por cuanto contradice a todo lo que sabemos por experiencia propia, como hablantes y no como analistas del habla, además de estar en desacuerdo con prácticas muy arraigadas de la lingüística tradicional. La idea de que construcciones muy diversas en apariencia están íntimamente ligadas entre sí, al tiempo que construcciones semejantes a primera vista se revelan a un examen más atento como profundamente divergentes, no cuenta sólo con el voto a favor de Bach o de Ruwet⁷, para limitarnos a manuales de una escuela.

Debo disculparme por insistir en probar lo que no necesita prueba. Pero, ¿es que no la necesita para algunos, muchos o pocos, en el estado de confusión actual? Hay demasiada gente empeñada, por un endurecimiento de posturas que tiene más motivos que razones, en olvidar lo que es demasiado conocido y en hacérselo olvidar a los demás. No fue Robert B. Lees⁸ el primero en ocurrírsele la inaudita concepción de que los nombres compuestos (y lo mismo podría decirse de compuestos como los verbales, corrientes en muchas lenguas) son un compendio de construcciones a veces muy complejas. Basta, para convencerse, con leer a E. Benveniste, «Fon-

⁶ En el sentido de Lyons, *ob. cit.*, pág. 197 sigs.

⁷ E. Bach, *An introduction to transformational grammars*, Nueva York, 1966, página 4 sigs.; N. Ruwet, *Introduction à la grammaire générative*², París, 1968, página 56 sigs.

⁸ Cito por la primera ed.: *The grammar of English nominalizations*, Bloomington (= *IJAL* 26, 1960, 3, II). Lees tiene en cuenta hasta a los cajistas.

dements syntaxiques de la composition nominale», *BSL* 62, 1967, página 15 sigs., o la esquemática *Kurze Elementar-Grammatik der Sanskrit-Sprache*, Leiden, 1948, pág. 84, de J. Gonda.

En cuanto a la naturaleza transpositiva, si parece osado llamarla transformativa, del «genitivo» no es ni siquiera necesario mencionar a autores sospechosos de desviacionismo como Benveniste⁹ o Kuryłowicz¹⁰. La doctrina común está expuesta como *allant de soi*, por ejemplo, por un filólogo tan libre de modernismos como A. Ernout: «D'une manière générale on peut dire que le génitif est le complément du nom, comme l'accusatif est complément du verbe: à *amo patrem* correspond exactement *amor patris*»¹¹. No define Ernout lo que entiende por «correspondencia», porque sabe sin duda que está en la mente de todos: se trata, en todo caso, de la posibilidad, de ámbito muy amplio, de pasar de una a otra construcción. Y, aunque no se mencione el sentido de la correspondencia, sus palabras llevan implícita la idea de que la construcción más amplia, más diferenciada y menos propensa a la ambigüedad es precisamente el origen de la transposición, cuya llegada, el transpuesto, es el sintagma de genitivo.

4. Esto y lo que sigue es puro trabajo perdido. Mejor dicho, lo sería si ciertos guerrilleros de la ortodoxia estructuralista no se creyeran una y otra vez en el deber de salir al campo de batalla en defensa, casi se diría que por simple espíritu de contradicción, de posiciones cada vez más rígidas, más dogmáticas y más extremas.

Uno de los últimos en fecha (aunque no en combatividad) de estos guerrilleros es Harald Weydt, cuyo reciente artículo¹² sostiene que fenómenos lingüísticos considerados ambiguos en gramática transformativa (como si la ambigüedad tuviera su morada en la lingüística que estudiamos y no en las lenguas que hablamos) no lo son si los consideramos desde un punto de vista funcional. Su discusión de varias supuestas expresiones ambiguas (y no voy a negar que en más

⁹ *Problèmes de linguistique générale*, París, 1966, págs. 140-148, y cf. Ruwet, *ob. cit.*, pág. 231 sigs.

¹⁰ *The inflectional categories of Indo-European*, Heidelberg, 1964, pág. 186 siguientes.

¹¹ En sus adiciones a la más que conservadora *Syntaxe latine* de Riemann, París, 1940, pág. 108 sigs.

¹² «Le concept d'ambiguïté en grammaire transformationnelle-générative et en linguistique fonctionnelle», *La linguistique* 8, 1972, págs. 41-71.

de una ocasión, o en la mayoría, pueda tener razón), desarrollada con gran despliegue de diagramas¹³, le lleva, por lo menos, a las conclusiones siguientes:

a) Chomsky, al distinguir dos *the shooting of the hunters, etc.*, emplea el método atomizante de la era pre-estructural, sin haberse enterado de que tal método quedó refutado de modo definitivo allá por los años treinta¹⁴. Para el análisis funcional, no hay dos «shootings», sino uno sólo «in which hunters participate». Toda otra distinción, incluso la que media entre pegar o recibir los tiros, que a un profano se le figura de alguna consideración, no es lingüísticamente pertinente.

b) La ambigüedad mencionada por los transformativos es casi siempre una ambigüedad de designación o referencia, no una ambigüedad de sentido o de significación.

c) Puesto que se ocupa (en virtud de b) de la extensión y no de la intensión, la gramática transformativa viene a ser, a fin de cuentas, una onomasiología o ciencia de las designaciones (denotaciones), no una semasiología o ciencia de los signos. No carece, pues, de utilidad, aunque acotada, con tal de que no intente salirse del campo que le ha sido asignado en los últimos planes de desarrollo. Chomsky está en la línea de Meringer y de la revista *Wörter und Sachen*. Tiene, con todo, licencia para sacar esta tendencia del campo léxico y ampliarla, dentro del plano sintagmático, a un método que estudie *Sätze und Satzverhalte*¹⁵.

5. Como la última conclusión me parece un tanto impertinente, si me es lícito jugar con la ambigüedad, no entraré en su consideración. La experiencia enseña que es difícil imponer a los demás

¹³ Luis J. Prieto, a quien se cita a propósito de ellos, los ha empleado sin duda, pero nunca ha pretendido ser su inventor. Tales círculos o elipses son conocidos por el ancho mundo como «diagramas de Venn», aunque su paternidad remonte hasta Euler y Leibniz por lo menos.

¹⁴ Weydt (pág. 59 sig.) se lamenta de que Chomsky, a pesar de citar la *Kasuslehre* de Jakobson, no discuta la acusación de «atomización estéril» que allí se hace. El argumento es reversible. ¿Por qué no defiende hoy Jakobson, que conoce bien a Chomsky, su antiguo punto de vista?

¹⁵ ¿Por qué no *Sachverhalte*, en paralelo a *Sachen*? Se diría, en todo caso, que Weydt, en contra de un estado de opinión muy extendido, confía más en las virtudes inspiradoras para la semántica de las *Logische Untersuchungen* de Husserl que en las del primero o segundo Wittgenstein.

el trabajo del que uno desea descargarse, quedándonos en exclusiva con el que resulte más de nuestro agrado. Es decir, es más que difícil imposible, a no ser que uno, el organizador, esté bien provisto de carisma y de garrote.

Indicaré con la mayor brevedad posible las dudas que me inspira la segunda. Parece razonable y ampliamente admitido que los términos, por emplear una denominación clásica, además de nombrar (al menos en los casos más favorables), denotar o designar «Sachen», tienen una connotación o sentido. Lo que ya no está tan a la vista es, según creo, cuál es la distinción entre la referencia y la significación de una frase o, si se quiere, de una proposición o de un enunciado. La respuesta que dio Frege en 1892 (nació y vivió, por desgracia, en época pre-estructuralista) es más admirada que aceptada.

Ya se ha mencionado el estilo indirecto y con ello quedan aludidas las oraciones de infinitivo en latín, por ejemplo, como suelo fértil para las indistinciones. Un caso trillado por traído y llevado¹⁶ es la respuesta del oráculo a Pirro, que en la versión de Ennio suena:

Aio te, Aeacida, Romanos uincere posse.

Es ineludible concluir que la doble interpretación o «lectura» de la frase, buscada y no casual (porque el engaño, y remito a Weinrich, se vale demasiado de la lengua), se explica porque la frase subordinada mienta inconfundiblemente tres «cosas», si prescindimos del matiz modal exigido quizá por la métrica, pero puede aludir a dos «estados de cosas». Una función proposicional con «vencer» como predicado admite dos argumentos, digamos x e y . Pero (x, y) no es aquí una simple pareja, sino un par ordenado, que no es igual, y esto como a cualquiera se le alcanza no es mera sutileza lógica, al par ordenado (y, x) ¹⁷.

¹⁶ Tal vez no lo bastante, ya que en la trad. de Cohen y Nagel, *Introducción a la lógica y al método científico* II, Buenos Aires, 1968, pág. 44, con nota, no se ha sabido qué hacer con la forzada expresión inglesa *Pyrrhus the Romans shall, I say, subdue*. «Una característica común de los oráculos antiguos era —según los autores que se acaban de citar— la ambigüedad proveniente de la estructura gramatical de las oraciones, más que de las palabras.»

¹⁷ Como no todo va a ser crítica de opiniones ajenas, el mismo error se me escapó, sin excusa alguna, en *Emerita* 37, 1969, pág. 115: la relación de que allí se habla no es, según toda evidencia, simétrica. En *RSEL* 2, 1972, pág. 84,

6. Todavía hay más. Ni el mundo —ni siquiera nuestro *piccolo mondo* lingüístico— se creó el día en que apareció en los escaparates el *Cours* de Saussure, ni todo quedó dicho en los años treinta (o cuarenta, cincuenta o sesenta), ni todo el futuro de la lingüística podrá reducirse a comentarios de la *Secunda secundae*, o al comentario de sus comentaristas, ocupación de que la gente, en España al menos, está un tanto aburrida.

Ya desde el citado Frege por los menos se sabe que sucede algo anómalo con las «proposiciones subordinadas», en relación precisamente con su posible sentido y con su posible referencia. Nadie tiene nada que oponer (excepto, tal vez, que se trata de un juego sólo apropiado para deficientes mentales) si de un enunciado como «Baroja es el autor de *Paradox rey*» se obtienen, por sustitución *salua ueritate*, los enunciados «Baroja es Baroja» y «El autor de *Paradox rey* es el autor de *Paradox rey*». Pero, si llevamos el juego adelante, aparecen inmediatamente las dificultades.

Supongamos que el enunciado es ahora «Jaimito dice que Baroja es el autor de *Tirano Banderas*» y que aceptamos las equivalencias «Baroja es el autor de *Paradox rey*» y «Valle Inclán es el autor de *Tirano Banderas*». La misma sustitución ya no es posible porque nos llevaría, entre otras posibilidades bastante chocantes, a «Jaimito dice que Baroja es Valle Inclán». En la respuesta del oráculo, por lo que hace a lo que depende de *aio*, habría, pues, dos referencias que difícilmente podrían ser otras que los enunciados mismos: *Romanos uin cere potes* y *Romani te uincere possunt*, referencias confundidas en una construcción ambigua. Pero nadie en su sano juicio afirmará que la indistinción se reduce a la referencia y no alcanza al sentido¹⁸.

No pretendo entender lo que parece ser una especie de abismo sin fondo. Me limito a apuntar que, para entrar *manu militari*, en 1972, a acotar los campos del sentido y de la referencia, tiene uno

nota 3, léase «funciones proposicionales de más de un argumento», no «de más de dos».

¹⁸ Cf. U. Weinreich, en *Universals of language*², ed. J. H. Greenberg, Cambridge, Mass., 1966, pág. 172 sig.: «Each language has its own stock of grammatical devices for 'backgrounding' all but the major proposition of the sentence. It appears to be a universal, too, that in the backgrounding of a proposition some information is lost: the most general loss is pragmatic —that is, the backgrounded proposition is not fully 'asserted'— but there may also be losses of tenses and subject-object distinctions».

que manejar más bibliografía que la reseñada por Weydt. Por citar un ejemplo, hay demasiados lingüistas que sólo saben de Austin, en el mejor de los casos, a través de una paráfrasis de Benveniste¹⁹, como si aquél hubiera escrito en copto o sus obras fueran incunables.

7. La pretensión de que en *the shooting of the hunters* hay una significación general (sencillamente, un nombre está determinado por otro) no impedirá, por razones ya expuestas, que la gente siga preguntándose por el valor más preciso de esa determinación. Al fin y al cabo, las lenguas son de y para la gente, no patrimonio exclusivo de los lingüistas. Ello será inevitable en un caso como el conocido *pro ueteribus Heluetiorum iniuriis populi Romani* (= *in populum Romanum*), donde se habla sin lugar a dudas, a pesar de esa significación general, de ofensores y de ofendidos.

Cuando San Jerónimo, *Io.* 1, 9, tradujo ἦν τὸ φῶς τὸ ἀληθινόν, ὃ φωτίζει πάντα ἄνθρωπον ἐρχόμενον εἰς τὸν κόσμον por 'erat lux uera, quae illuminat omnem hominem uenientem in hunc mundum', en vez de aceptar la solución alternativa que ahora cuenta por lo que veo con las preferencias de muchos, procedió a una elección a que le forzaba sin escape posible el género neutro de φῶς. Que yo sepa, no produjo con ello ninguna catástrofe, sin duda porque el texto no conllevaba graves implicaciones dogmáticas. ¿Cómo se comprende, sin embargo, que un posible motivo de guerras de religión no sea pertinente para el lingüista? Cuesta trabajo aceptar que hechos de lengua importantes para el filólogo carezcan de todo interés para el lingüista²⁰. Procedemos un tanto como el botánico (y acaso tampoco falten muestras representativas) que creyera que las plantas no tienen otra razón de existir que la de prestarse a clasificaciones cada vez más finas y precisas.

8. Lo que va expuesto, se me dirá, tiene más que ver con la semántica que con la sintaxis, y ya es hora de que volvamos a ésta. Mucho de lo que se suele subsumir bajo la etiqueta de ambigüedad procede de indistinciones paradigmáticas (sincretismos, si se quiere)

¹⁹ *Op. cit.*, pág. 267 sigs., que, aunque mucho más autorizada, no es más que una invitación como la mía.

²⁰ Véase la muy reciente discusión sobre el genitivo en un texto griego de M.^a Dolores Gallardo, *Cuadernos de filología clásica* 3, 1972, pág. 142 sig.

o de la latencia en ciertos contextos del discurso de distinciones que están patentes en otros. Dicho así, uno quisiera prevalerse de uno de los pocos privilegios que la edad (a pesar de cuanto Cicerón escribió, *faute de mieux*) le concede, que es el de la memoria: la memoria de los hechos vividos, no leídos u oídos.

Lo que se escribe sobre ambigüedad, sobre la suspensión de la manifestación formal de oposiciones, me recuerda la neutralización de la fonología europea. Más precisamente, algunos de los ejemplos que se aducen me traen a la memoria los que abundan en las páginas de «La notion de neutralisation dans la morphologie et le lexique», *Travaux de l'Institut de Linguistique*, París 2, 1957, año fatal sea dicho entre paréntesis, que contiene las respuestas de lingüistas muy conocidos a un cuestionario preparado por A. Martinet. La respuesta de B. H. Smeaton, pág. 135 sigs., lleva el significativo título de «Neutralisation as an aspect of paradigmatic ambiguity». Y, a pesar del título, no falta material sobre lo que todos, entonces y ahora, llamaríamos sintaxis.

Aquí quiero subrayar un solo aspecto. En fonología, siempre se ha partido del sistema más amplio: otros, de inventario peor surtido, se han considerado como reducciones de aquél. No parece haberse tomado en cuenta que aquél fuera una ampliación de uno o varios de éstos. Se ha pensado, en otras palabras, que en ruso /rok/, por ejemplo, se han confundido las consonantes finales de *rog-* 'cuerno' y de *rok-* 'destino', no que éstas se hayan diferenciado a partir de una nebulosa inicial. La razón es elemental: hay una aplicación en el primer caso, ya que las imágenes de /g/ y /k/ están unívocamente determinadas, mientras que, de tomar el otro camino, tendríamos que admitir que una sorda final puede estar representada *ad libitum* en otras posiciones por una sorda o por una sonora. No habría otro remedio al mal que listas completas de unos casos y de otros.

Pero se diría que ahora, acaso por el endurecimiento de que se ha hablado, se trata de proceder, en materia gramatical, en sentido contrario. Bastará con que algo no esté diferenciado en un contexto cualquiera para proclamar que la distinción, por falta de expresión formal, no existe (para el lingüista, claro está). Vale la pena de transcribir, por venir de quien vienen, unas palabras de Alarcos, *Estudios de gramática funcional del español*, Madrid, 1970, pág. 93: «¿Qué diferencia existe entre las llamadas frases pasivas y las frases nomi-

nales? Ninguna en cuanto a la expresión. El nexa *la edición fue reducida* puede referirse tanto al contenido 'fue poco abundante'... como al contenido 'fue disminuida'... Y ya sabemos que aunque semánticamente dos contenidos sean muy diferentes, no lo son lingüísticamente si no se corresponden con dos expresiones distintas».

A mí se me ocurre contestar con otro ejemplo, que sin duda podría ser mejorado. No me suena mal *José fue despertado y avisado* (por el ángel, pongamos por caso), como tampoco *José fue* (siempre, etcétera) *despierto y avisado*. ¿Vamos a concluir que, porque *avisado*₁ es igual a *avisado*₂, *despertado* es igual a *despierto*? ¿No será más natural y más clarificador separar el *avisado*₂ que corresponde a *despertado* del *avisado*₁ que corresponde a *despierto*? Si normalmente se distinguía *metus uester* 'la crainte que vous éprouvez' de *metus uestri* 'la crainte qu'on a de vous'²¹, ¿se puede decir que la distinción entre genitivo subjetivo y objetivo carece de fundamento en latín? Se trata, en el fondo, de una especie de conmutación y la conmutación ha sido la técnica por excelencia del estructuralismo de la mejor época.

La idea, muy sensata, de que el análisis lingüístico puede hacerse desde dos puntos de vista, examinando qué es una unidad y en qué puede convertirse, fue desarrollada, a propósito del instrumental ruso, por Dean S. Worth en *Word* 14, 1958, págs. 243-290. Sin abjuración ni apostasía, un estructuralista puede emplear, en otras palabras, procedimientos transformativos para sus propios fines taxonómicos. Hasta aquí nada hay de incompatible, puesto que no entra en juego el punto central de las discrepancias: el concepto mismo de ciencia y el de los estadios de desarrollo de ésta. No veo, pues, inconveniente para nadie en sostener que toda distinción que se manifieste formalmente en algún punto del sistema o de la cadena hablada²² puede hacerse

²¹ Vuelvo a tomar ejemplos, por no buscarlos más lejos, de Riemann, página 109, n. 1.

²² Tiene que ver con esto el «estado rudimentario» de Alan S. C. Ross, en la encuesta citada, pág. 114 sig., que no tiene que ser por necesidad la conservación de arcaísmos: ingl. *I was / (if) I were* y, más aún, *it is / (if) it be*, etcétera. En *Problemas y métodos del estructuralismo lingüístico*, Madrid, 1967, pág. 96, aparece un problema suscitado por Mariner. La lengua opone, en un solo caso al parecer, *vamos* (imperativo) a *vayamos* (subjuntivo). Mejor dicho, *vamos* puede ser sustituido por *vayamos* (*vámonos*, *vayámonos*), pero *vayamos* no puede serlo por *vamos*.

extensiva, sin salir de una ortodoxia puntillosa, a la totalidad del texto o del sistema.

9. He defendido aquí, como se habrá visto, guardándome como corresponde de enseñar la oreja con demasiada claridad, una especie de vía media. Me he convertido, dicho de otra manera, en un abogado del centrismo incluyendo sin mérito alguno mi humilde persona en un largo rosario de gruesas e ilustres cuentas. No me parece excesiva la aspiración de que ciertos medios puedan ser complementados por otros, a pesar de las incompatibilidades entre los jerarcas, sin caer por ello en la inconsistencia, por no hablar de la herejía, siempre repudiable. En resumen, mi opinión es que toda diferencia que tiene manifestación patente en algún punto es pertinente para el lingüista. Más todavía, pienso que toda diferencia, sea de la clase que sea, lo es. Si no hemos sabido encontrar su manifestación abierta, acaso sea porque no la hemos buscado lo suficiente. En palabras de Worth, página 259, n. 38: «one cannot of course [?] have recourse to meaning alone, but a sharp difference of meaning may well be the clue to an equally sharp, if not equally obvious, difference in form. A good many seeming differences in meaning unaccompanied by formal distinction may be due primarily to our as yet rather naïve conception of linguistic form»²³.

LUIS MICHELENA

²³ M. Ruipérez, *Estructura del sistema de aspectos y tiempos del verbo griego antiguo*, Salamanca, 1954, pág. 52 sigs., introduce una clasificación de los semantemas verbales en «transformativos» y «no transformativos», cuya diferenciación formal no parece muy explícita. Lo cual no significa, sino todo lo contrario, que yo recuse su fundamento. En su *Système du verbe basque au XVI^e siècle I*, Burdeos, 1943, pág. 34 sig., René Lafon aduce en apoyo de una distinción aspectual la circunstancia de que los pretéritos de verbos «determinados» tenían valor aorístico, a juzgar por las traducciones (*nentorre* «vine», *necarre* «truxe», etc.), en contraste con otros que son traducidos por imperfectos. Sería temerario sostener que tal hecho de traducción no es pertinente, si se tiene en cuenta, sobre todo, que en vasco moderno *nentorren* o *nekarren* tienen el mismo valor que, por ejemplo, *nenbilen* 'yo andaba', y se les llama con alguna razón «imperfectos».